

Presentó su último libro, "Los elementales"

Guebel y la novela infinita

Por motivos que escaban a la lógica del devenir editorial, se presentó en La Plata, antes que en Buenos Aires, y anticipando su seguro peregrinaje por la Feria del Libro, la novela "Los elementales" (Beatriz Viterbo Editora), de Daniel Guebel.

Guebel tiene 35 años y ya ha publicado "Arnulfo o los infortunios de un príncipe" (De la Flor, 1987) y "La perla del emperador" (Emecé, 1990).

Su versión libre del Fausto fue representada en el Teatro Nacional Cervantes y en el Schiller Theater de Berlín, en los tiempos en que una parte de Berlín era occidental.

Como varios colegas de su generación, incursionó -con la fugacidad de una incursión aérea- por la televisión, la radio y algún suplemento cultural en el que aún aterriza de un modo algo displaciente. En tiempos menos amables, sus textos fueron imputados como frívolos y se lo acusó de dandy, por no adherir con su letra a cierto género cristalizado que extraía de este continente los resultados de su política y su violencia.

Tal vez para no exhibir sus fojas de servicio, Daniel Guebel sumó su florida verba cervantina a la tragedia edípica en un -como todos- siniestro cuento encantado ("Arnulfo"), y más tarde estampó un punto final provisorio y estratégico a una novela infinita ("La perla del emperador").

Fidelidad

De regreso a Buenos Aires, Guebel se lleva de su paso por La Plata la fidelidad de sus lectores por sus libros, y a cambio deja algunas palabras sobre "Los elementales".

"Los elementales -dice- es un libro sobre la interpretación, sobre el combate interpretativo que suscitan los acontecimientos. Bernetti es, tal vez, un científico que se conecta con los objetos eternos, hasta



Guebel

que un día aparece postrado y permanece en un estado de catatonia que resulta inescrutable para sus discípulos. Todos intentan decir algo acerca de su estado y de las señales que emanan de su inmovilidad, pero como esa situación no tiene antecedentes sólo pueden organizar un malentendido que se manifiesta en contigüidad con los efectos que ese cuerpo produce, y no con sus causas.

"En este momento me acuerdo de una escena memorable de Barton Fink, una película que no tiene demasiadas virtudes: en una playa, un personaje observa las poses que ensaya una bella mujer en medio de un paisaje poético y armónico. De pronto, desde uno de los extremos del cuadro aparece un pájaro que viene a integrarse o a sumarle belleza a esa armonía, pero cuando su recorrido alcanza

la mitad de la pantalla, se desploma. Esa idea de interrupción está, de algún modo, en el libro."

-La interrupción también aparece en "La perla del emperador", donde funciona como un retiro estratégico del narrador y a la vez como una promesa o posibilidad de continuación.

-Yo creo que se puede plantear un modelo de continuación novelesca completamente infinita, y creo que la novela infinita está montada en "La perla del emperador". Hace poco tiempo, en un encuentro de narradores, traté de plantear un narrador que construyera una especie de máquina narrativa infinita, que procurara, en términos quiméricos, la disolución del autor. Este hipotético modelo de narrador infinito es opuesto a la modalidad de escritor borgeana, que se atiene al léxico y al estilo. Yo lo que entonces pude plantear fue un narrador que condense y licúe todas las determinaciones lingüísticas.

-Volviendo a "Los elementales", el cuerpo quieto de Bernetti se parece a los perros o al escarabajo de Kafka. Se trata de un fenómeno asignificante, a partir del cual las interpretaciones fallan.

-Los discípulos de Bernetti veían un efecto, es decir, su cesación, y creían que eso los obligaba a buscar una causa. Consideraban esos eventos a la luz de su ansiedad y eso los empujaba a extraer conclusiones falsas. Las señales que emanan del cuerpo asignificante de Bernetti no tienen equivalencia en el lenguaje. El lenguaje no las puede nombrar, y ese es un problema inherente a la literatura. Creyendo registrar la fatalidad de los acontecimientos, los discípulos de Bernetti son víctimas de la vanidad de sus suposiciones.

Juan José Becerra